

LA DOGARESA.—Cuento.—Traducido por Alfred Voigt; publicado en el mismo periódico el 20 de Septiembre de 1907, y en Viena, *Wiener Deutsches Tagblatt* el 16 de Noviembre de 1907.

MELITA PALMA.—Novela.—Traducida por A. Rudolph; publicada en el *Hamburgischer Correspondent*, Febrero de 1907.

SANGRE ESPAÑOLA.—Novela.—Traducida por Alfred Voigt.

LAS HIJAS DE «DON JUAN».—Novela.—Traducida por A. Rudolph; publicada en el *Hamburgischer Correspondent*, 1908.

MADRID GOYESCO.—Novela.—Traducida por Alfred Voigt.

NIETA DE REYES.—Cuento.—*Eine Enkelin von Königen*.—Traducida por A. Rudolph.

EL MOLINO DE LOS GELVES.—Cuento.—Idem id.

TIRSO DE MOLINA.—Conferencia leída por su autora en el Ateneo de Madrid. Traducida por A. R. Publicada en la revista *Ueber den Wassern*. Munchen-Munster, Westfalia, 1910.

SANGRE ESPAÑOLA y LA NIÑA DE SANABRIA.—Forman el volumen 223 de Biblioteca *Ensslins Roman und Novellenschatz*.—Reutlingen.

AL DANÉS

MARINS OG GUMIELS.—Cuento.—Publicado en el *Dagbladet*, de Cristianía (Noruega), el 21 de Abril de 1907.

LA RONDEÑA.—Cuento.—Publicado en el *Dagbladet*, de Cristianía, el 19 de Mayo de 1907.

PATER GLAEDER MIG (*El Padre «Me-alegro»*, cuentó).—Publicado en el mismo periódico el 28 de Julio de 1907.—Traducido por Didisk Grön vold, en Hamar (Noruega).

MELITA PALMA.—Novela.

MADRID GOYESCO



MADRID GOYESCO

I

Tienen los lugares alma, el ambiente; el ambiente nos crea y nosotros le creamos: el resuello de la tierra, la llama del sol, la aridez ó blandura del aire, nuestras vidas y las de los que nos precedieron, mil influjos forman ese sugestivo espíritu local; cuando un artista, un vidente, logra condensarlo en forma eterna, su alma se sustituye al alma de los lugares y pervive en ellos. Así Goya en el Madrid típico; cuanto de éste subsiste—y subsiste mucho—es el *Madrid goyesco*.

Aquel insaciable exprimió entre sus garras leoninas la verdad y extrajo de ella su quinta-esencia: el símbolo; así, de las majas de su tiempo hizo *la Maja*, emblema de raza, Venus española y madre de un arte nuevo. Anticipándose á la instantánea y al impresionismo, sorprendió

los secretos de la luz y de la acción; y á la española, con prisa y cólera de crear, con latigazos de color y zigzagüeos de rayo, pintó lo que no había pintado nadie: el movimiento; pero hizo más: pintó la raza, la retrató por fuera y por dentro; pintó nuestro dinamismo truculento en fiestas, riñas, bandidajes, toros, desgracias y fusilamientos; y nuestro vivir interno sobresaltado y superticioso, la tenebrosa región de las visiones, pesadillas, espectros y aquelarres; la tragicomedia entera de la vigilia y del sueño, de la acción y de la conciencia. Pero toda aquella vida, tan universal, tan humana, era vida española, vida madrileña hasta los tuétanos.

Hay en Madrid una región entera, una apretada masa de gentes sobre las cuales sopla, como racha romántica y pasional que viene desde los cuatro puntos cardinales de la historia, ese fiero dinamismo de raza; y esa típica región y esas tumultuarias gentes son el *Madrid goyesco*, medula de la España, erótico-milagrera y matonesco-romántica. Cuanto en aquella región sucede—aun sin llegar al redondel, á la juerga y á la navaja—, sale teñido en aquellas insolentes crudezas de luz y de color que chorrean de la fiera brocha de *el Sordo*, nace estremecido por atávicos espasmos de braveza y de superstición. Aquellas majas de ojos de lumbre, ardiendo bajo la negra malla de la mantilla, y aquellas viejas grotescas y macabras, de caprinos pies de demonio y garras de garduña, sucesoras de las daifas y celestinas de los siglos de oro, las viejas de rapiña y

las brujas jóvenes, sorbedoras de albedríos y maestras en sortilegios, viviendo siguen de las artes de sus engaños en aquel ambiente de sol, puñaladas y supersticiones; y quien lo dudare, dése una vuelta por el *Madrid goyesco*, donde hasta las capas medias de la sociedad están impregnadas en el fermentar romántico en que se corrompe nuestra heroica leyenda.

II

Del castizo abolengo de la tapada y de la dueña, de la maja y de su diablesca acompañante, procedían—aunque remozada por virtud de aguas y mudas la vieja, y modernizada por ley de los tiempos la niña—la tía sesentona y la sobrina veintidosena de mi cuento, que no es cuento, sino realidad viva y respirante, y allá va, monda de rebozos y simbolismos.

No sé si ustedes recordarán á la tía; pero era más conocida que la ruda, aquende y allende los Madriles del rumbo y la majencia. Llamábase—con su *don* reverendo por delante—doña Aurora Reinaldos de Matamoros, decíase viuda de don Alonso Afán de Toledo, y vivía cerca de Puerta Cerrada, en la confluencia del Madrid oficial con el pintoresco, en un casuchón carilavado, cuyos pisos iban de burguesía pretenciosa á miseria de

solemnidad, según la catadura y aun el olor de las tribus de las buhardillas que hormigueaban por las escaleras. Pero aunque así pareciese á los numerosos visitantes de doña Aurora, tales miserias de la realidad debían de ser trampan-tojos, ya que tan campanuda señora no había de vivir en casa tan aplebeyada y pobre.

Lo primero con que se topaba en la vivienda de doña Aurora era el estupendo y policromo blasón de los Reinaldos de Matamoros, enlazado con el de los Afanes de Toledo: un verdadero derroche de color y fauna heráldica: águilas, leones, lobos y zorras, volantes, tenantes, rampantes y fuyentes en campos de sinople, de gules, de oro y de azur. ¡Una barbaridad de nobleza! Enteradísima estaba la viuda de las genealogías, entronques, privilegios, mayorazgos, calderos y pendones de la familia; y en esto último, sobre todo, acertaba.

Así, entre el esplendor que sobre su alta y voluminosa persona arrojaban cien generaciones de magnates perdidos en la bruma de los tiempos y en las de su mente invencionera, y el áureo fulgor de los millones que la señora aguardaba de un momento á otro como fruto de sus pingües y magnos negocios, en cuya vasta red andaban prendidas las más conspicuas personalidades de España y aun del Extranjero—según ella confesaba en la intimidad—, vivía doña Aurora circuida de un triple nimbo deslumbrante y casi mayestático.

No faltaban irreverentes que pusieran en

duda la existencia de las excelsas relaciones mundiales y hasta la del venerando abuelo de la dama. ¡Envidia cancerosa que se los comía vivos! ¡Ya verían los muy *jambreras* cuando ella y su sobrina los mirasen desde lo alto de sus automóviles y de sus palcos del Real!

Tienen las bien forjadas mentiras, como las obras de arte, el privilegio de superar á veces en verosimilitud á la propia verdad, y esto ocurría con las estupendas invenciones de doña Aurora; tanto, que ella misma llegaba á creérselas, y cuando buceaba por su conciencia no acertaba ya á discernir lo vivido de lo inventado. Después de todo, así será la historia—pensaba—; al cabo de los años mil, ¡cualquiera desenreda esa madeja de verdades y patrañas! Y considerándose un César Cantú, desdeñaba la menuda depuración de los hechos, y seguía haciendo historia.

III

En aquella fantasmagórica atmósfera, que venía á ser penumbra entre la vida y el ensueño, crióse Maravillas Reinaldos, la sobrina de doña Aurora, sugestiva reencarnación de la *Maja* goyesca, bajo la apariencia de burguesita madrileña, casi europeizada de traje y costumbres, españolísima de alma, chula de sangre y de brio-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ALFONSO"
Fund. 1825 MONTEDEY, MEXICO

esos arrestos, en cuyos dormidos ojos de venturina puntilleados de oro ardía el concentrado fuego del alma castellana, que así puede ser pasión que mata como misticismo que se inmola.

Tenía Maravillas marcada en todo su ser la impronta del último romanticismo español. Fué su padre—aunque otra cosa dijese la augusta doña Aurora—un comicucho de la legua, que andaba por aldeas y lugares paupérrimos recitando los fogosos versos de Echegaray con todos los defectos y sin ninguna de las excelencias de las maneras de Calvo y Vico. Pero con genio ó sin él, el buen Reinaldos poseíase de suerte de las volcánicas pasiones de los personajes que encarnaba, que entre el hambre perpetua y la exaltación profesional, enfermó gravemente del cerebro y murió, al fin, loco furioso, muy creído en que era el propio Don Lorenzo de *O locura ó santidad*. Al son de aquellas frenéticas declamaciones se meció la cuna de Maravillas, en cuya almita, como en cera blanda, se grabaron aquellas desmelenadas cataduras de caballeros que decían amores en versos candentes y escalaban los castillos trepando sobre grifos y endriagos, recorrían el Oriente en busca de filtros milagrosos, ó bajaban al seno de la muerte y dejaban por todas partes memoria amarga de sí.

Muerto el pobre Reinaldos, su indigente viuda sobrevivió poco, y Maravillas, no cumplidos los diez años, fué de Scila á Caribdis, del tugurio del comediante loco al poder de su megalómana tía. Porque, indudablemente, el mismo delirio de

grandezas y el mismo prurito de ficción que arrastró á Reinaldos al teatro arrastró á su hermana á ejercer el arte histriónico, más cómoda y productivamente, en la escena mundana; sólo que doña Aurora, con mayor facundia y flexibilidad que su dementado hermano, érase autora y actriz en una pieza, y en inagotable inventiva para urdir farsas y enredos complicadísimos, dejábase atrás á Calderón, á los Dumas y al propio Sardou; y en elasticidad de facultades y aplomo estupefaciente para falsificar la vida, daba quince y raya á la propia Eleonora Duse. Acaso todos éstos á quienes llaman ahora los sociólogos *megalómanos* y *simuladores* no son sino grandes artistas malogrados que, yendo para Molières, para Tirso ó para Talmas, se quedaron en intrigantes ó estafadores, en damas y caballeros de rapiña, que á veces alcanzan la altura excelsa de una doña Baldomera Larra, de una Teresa Humbert ó de una doña Aurora Reinaldos. Pero no hay que confundir los términos: aún hay clases, y quedamos en que doña Aurora, en nobleza, competía con el propio Cid Rodrigo; en millones, hombrearíase pronto con los mismos Banderville, y en artes de seducción y brujería era capaz de estafar á un usurero judío y de marear al caballo de bronce.

Como sedimento de las arcaicas recitaciones de su hermano, quedóle á doña Aurora la tendencia muy castiza á expresarse por giros esotéricos, metáforas y medias palabras, que, agrandando más lo que callaba que lo que decía, daban

á su persona sobrenaturales proporciones. Decía sibílicamente: «cierto día», «una persona», «un sujeto», «estoy en autos», y jamás se sorprendía de nada. Bajo la densísima envoltura de misterio y reservas de gran dama, de financiera y pitonisa, no era fácil traslucir los arcanos de aquella existencia.

No eran en ella todo castillos de pólvora retórica; sabía muy bien la viuda que en Madrid hay muchas y muy empingrotadas gentes que viven de prestado ó desangrando sus fortunas seculares en usuras vampirescas; damas alcurnidísimas que por saciar un antojo empeñan ó malvenden cuadros históricos, joyas artísticas ó reliquias tradicionales que, pasando de mano en mano, ponen al fin en poder de extranjeros toda la historia de España. ¿No era un dolor aquel derramamiento y desperdicio de tan venerandas riquezas? ¿No acongojaba el llanto y ruina de personas de tan famosos y altisonantes nombres? ¿Qué cosa más natural sino que ella—¡toda una Reinaldos de Matamoros!—acudiese en auxilio de aquellas señoras que la trataban casi de tú por tú? ¡Y la verdad era que en punto á pergaminos!... Ahora, que una cosa es la amistad y otra el negocio; y, bien mirado, aquellas señoronas veíanse en tales atragantos por despilfarradas y antojadizas. ¡Pues que se pagasen los gustos! ¡Qué demonio! ¡A qué está una!

Sólo que como ella era toda una señora, en vez de llevar como *la Celes, el Grillo, el Don Elías* y otros grandísimos iscarriotes, un 100 por 100 de

intereses, contentábase módicamente con un 90, y hasta con un triste 85, en negocios como los de la Nava de Suso, las Fondueñas y otras. ¡Y las señoras, las pobres, tan agradecidas!

Luego, el negocio trae negocios, y no se sabe qué tiene el dinero, que por donde pasa deja algo: de aquel flujo y reflujo de valores surgían como por hechizo mil *combinas*, pignoraciones de pignoraciones, un perpetuo bullebulle, mediante el cual los réditos manaban réditos, las joyas sudaban oro, y doña Aurora y Maravillas aparecían en los teatros consteladas de perlas y brillantes. Las joyas no llevan letrero. Y, sobre todo, ¡cuánto más honradas estaban aquéllas en sus personas que en el escaparate de una casa de préstamos! Y si se terciaba que una amiga le pidiera para lucirse una ó varias noches una *rivière* ó un buen par de solitarios, y le agradeciese el favor con algún *Echegaray* ó con un *Cabarrús*, si podía, ¿qué mal había en ello?

No se contentaba doña Aurora con el tejemaneje de las alhajas: jugaba á la Bolsa, compraba, vendía, pignoraba papel, y ganaba siempre. Eso sí, operaba en pequeño y sobre seguro, bajo la dirección de Más Soler, un zurupeto catalán de gran olfato, conocidísimo en Bolsa.

Luego, para asegurar á la voltaria Fortuna, agotaba todos los medios sobrenaturales: acudía primero á los santos; pero hacíalo profanamente, como suelen las hembras codiciosas y milagreras, pretendiendo utilizarlos como á celestiales agentes de negocios, sobre todo en cosas de dinero;

después, «por si acaso», apelaba á otros poderes recónditos y tenebrosos. Cuando necesitaba de oráculos ó de conjuros, valíase de dos mujeres que tenían para ellos don especial y probadísimo. ¿Don del cielo, ó del infierno? Ella no se metía en honduras. Lo cierto era que lo tenían, y que doña Aurora no se embarcaba en negocios de riesgo sin consultar á sus dos pitonisas de cámara ó brujas de cabecera.

Abundan en Madrid las profesionales en estas descomulgadas artes de magia blanca y negra, y las hay de muy varios tipos y categorías, con domicilio conocido y clientela más conocida aún, y á veces titulada. Y aunque en esto de la superstición se nos aventajan también Italia y Francia, en España tienen las Trotaconventos, Camachas y Torralbas abolengo remotísimo y representación muy lucida.

De las del tipo castizo y pintoresco eran las brujas tutelares de la Reinaldos: la una de ellas, *la Sabela*, joven, gitana y andaluza, nacida en las cuevas del Sacro-Monte de Granada; y la otra, *la Crista*, vieja, y madrileña de los barrios bajos. Tenía *la Sabela* el pelo de azabache con rieleos azulinos, las carnes cobrizas y los ojazos torvos y huidizos; andaba zarandeando las caderas, hablaba despacio y con pintorescas hipérbolos y circunloquios. Era *la Crista* menuda y esqueletada, con perfil de loro, color de cirio, greña de estopa y ojos húmedos y bailadores, que ardían en codicia y lloraban de hipócritas. *La Sabela* decía la buenaaventura, echaba las

cartas y mascullaba oraciones cabalísticas; pero *su especialidad* era la adivinación. También *la Crista* ejercía la cartomancia, la quiromancia y la adivinación; pero su fuerte eran los *ensalmos* y, sobre todo, los *conjuros*; los ensalmos atraían la salud ó la fortuna; los conjuros, la desgracia ó la muerte: así, ambas brujas se completaban, y la Reinaldos, con ellas, creíase casi omnipotente, dueña de los arcanos del porvenir y árbitra de la desgracia y la fortuna, de la vida ó de la muerte.

IV

Aunque todo aquello constituyese la base positiva de la existencia de doña Aurora, así por la discreción en que le importaba mantenerlo, como por los mil rebozos de prestigio de que gustaba rodearlo, todo ello sucedía como en fantasmagórica región de ensueño bañada por luces irreales.

El anverso visible, doméstico é íntimo de la vida de la Reinaldos era muy otro, pues, según su propia frase, ella observaba «sistema celular» para con sus diversas relaciones. Entre las distintas especies de sus amigos, clientes, consejeros, muñidores, sabuesos y augures, ¡incomunicación absoluta! Ella á todos los avizoraba, sin que ellos pudieran verse unos á otros; ella sola

poseía el hilo de aquel inextricable laberinto de trapisondas. Para recibir á sus incógnitos clientes tenía todo un ritual y una liturgia: horas, días, ceremonias y hasta vestuario *ex profeso*. El tocador de donde la bruja salía remozada y mayestática, y el gabinete negro de sus aquelarres y conciliábulos, eran el doble recóndito santuario de aquella deidad fulmínea. ¡Respetemos los misterios de la divina Isis!

Hasta Maravillas afectaba ignorarlos; cuando la apuraban con preguntas y curiosos, pasaba como sobre ascuas. «¡Cosas de mi tía! ¡Ella es muy suya para todo! ¡Luego..., tiene tantos asuntos, tantas y tan importantes amistades!...» Y no se hablaba más.

El negocio de los negocios para doña Aurora, el objetivo de sus codicias, baraúndas y líos descomunales, era el casamiento de Maravillas. Cada cual ama á su modo, y según su naturaleza, condición y temperamento, y la viudona, que sobre adolecer de todas las veleidades y exigencias afectivas propias de las maternidades de adopción, era fisiológica y mentalmente volcánica, megalómana y ambiciosísima, quería á su sobrina con la más caprichosa, tiránica y absorbente idolatría que sintió jamás hembra desequilibrada y medio loca, y proponíase hacer de ella el inconsciente ídolo de oro del templo de sus quimeras. Pero ya se sabe que no era todo mentira en los negocios y relaciones de doña Aurora; á fuerza de embustes, golpes de bombo y relumbrones, llamó gente á su barraca farandulesca, y

á pretexto de mil imaginarios negocios, creóse los reales y positivos en aquellos cubileteos usuarios y bursátiles.

El zurupeto se portaba, las brujas cumplían, la caja de hierro henchíase de joyas, las cómodas y armarios reventaban de pañolones, blondas y prendas ricas, y los billetes se multiplicaban entre los dedos morcilludos y ensortijados de doña Aurora. Pero todo aquello era precario, frágil, peligroso, como dorado edificio sin cimientos que reta á la ráfaga ó á la demencia: ¡daba vértigo! ¡Diéranle á ella una base de solidez, y levantaría su audaz Babel hasta las nubes! ¿Y cuál podía ser aquella base sino el casamiento de Maravillas? Un *casamiento verdad* —como ella decía, monologando en su jerga mercantilesca—, sin trampa ni cartón, clase y dinero. ¡Así como suena! ¿Y por qué no? De sus engaños y mentirotas hizo ella redes y anzuelos con que pescó metal de veras. ¿Quién le quitaba el lograr con iguales artes marido verdad para la niña? ¡Aquello sí que sería realizar de un golpe todos sus delirios ambiciosos y todos sus ensueños de grandeza! Pero... ¡aquello sí que pedía pupila, pulso, quinqué y mano izquierda! Había que preparar á la niña, que avisparla y encenderle la ambición, y presentarla y hacerle atmósfera, y asegurarla de amoríos cursis y sin substancia; había que lanzarse á negocios gordos y de alcance; había que agarrarse á los santos, á las brujas y al demonio mismo, si hiciese falta, porque aquello era lo grande, lo capital, lo decisivo para

ella: ¡á vida ó á muerte! Pero para los de afuera ¡como si nada! ¡Mucho muleteo, mucha sonrisa, y chitón; sistema celular!

V

Aparte los tapadillos y sortilegios matinales, dedicaban las Reinaldos la tarde á sus íntimos, y la noche á sus pintorescas tertulias. Las amigas más asiduas eran Encarna y la señora *Rafela*, vecina aquélla del segundo, y esotra de uno de los mechinales del sotabanco.

El padre de la Encarna, comandante retirado y asmático, fumador y polemista perdurable, pasábale media vida regenerando el mundo desde el café, y la otra media tosiendo y maldiciendo en la cama; y su pobre hija, tan exuberante de carnes como de sentimentalismo, huyendo la tediosa soledad de su vivienda, bajábase á la de las Reinaldos, cargada con formidables balumbas de folletines patibularios y novelones truculentos, cuya lectura, junta con la del diario crimen pasional, constituía el jugoso pasto de su voraz sensibilidad de solterona irredimible.

La señora *Rafela* (el pueblo, enemigo de dip-tongos, abrevióle el nombre de pila) era popular de Puerta Cerrada á la Paloma: tenía color de cirio, cejas cerdosas, pelo rucio, nariz ganchu-

da, casi en contacto con la barba, y ojuelos en-foscados y espantadizos. En calidad de camare-ra de las imágenes más veneradas en los barrios, gozaba del favor de todo el mujerío de aquellos rumbosos Madriles. La diaria frecuentación de iglesias y sacristías comunicóle tal aspecto hie-rático y sacerdotal, que sobre su cuerpo huesudo sayas y manteletas tenían perfiles de sotanas y balandranes; pero en invierno, liada en su toqui-llón blanco y calados los formidables anteojos, convertíase en hibridación temerosa de dueña y de lechuza. La vecindad primero, y el cariño que le cobró á Maravillas después, fuéronla acercan-do á casa de las Reinaldos, hasta constituir la en miembro integrante de ella.

Jamás estaba ociosa; pero como lá aguja no embarga la lengua ni los oídos, mientras, calados los redondos espejuelos, repulgaba las tocas de Santa Rita, repasaba la tunicela del Niño de San Antonio, ó zurcía el mantelillo de las Ánimas, cotorreaba con las Reinaldos y con la Encarna, y con mayor frecuencia escuchaba las horripilantes lecturas alimento constante de la avidiez sensorial de aquellas hembras. Ni sospechaba la bendita *Rafela* que aquellas borracheras de crímenes fuesen pecaminosas: le encandilaban la curiosidad, le encalabrinaban los nervios y á veces le cuajaban la sangre, la inmovilizaban de terror, y bajo sus arcaicos lentes sus ojos gatunos fosforeaban fascinados y buhescos.

Aquella delectación sanguinaria, como todo bien alimentado vicio, exacerbábase vorazmente

en las Reinaldos y sus amigas; ya no se saciaban con crímenes *veniales*: apetecían delitos monstruosos, nauseabundos, sádicos. Aquello era un constante envenenamiento, una peligrosísima inoculación del mal: las vidas se conservaban honradas, pero los espíritus vivían en morosa complicidad con el crimen; la mente se sorprendía erigiendo escenas voluptuosas ó criminales; el *yo* íntimo se substituía involuntariamente al *yo* de las víctimas, á veces al de los matadores: la conciencia retrocedía espantada; pero la tentación que se apagaba aquí como rastro fosfórico volvía á luminear allá fatídica y pavorosa.

Reaccionando espiritualmente, Maravillas acogíase á la devoción; no á la serena fe sumisa, á la devoción avarienta ó espasmódica. Sus rezos no eran súplicas, sino imperativos emplazamientos: «Si me das lo que te pido, por mi parte, te agradeceré el favor (aquí las condiciones: rezos, novenas, etc.); si no, trato deshecho: *do ut des.*» Como el cielo no se abre ante nuestros egoísmos, volvíase Maravillas á las brujas: apretaba á *la Sabela* para que le leyese el porvenir en las rayas de sus manos ó en las conjunciones de las estrellas; exigía á *la Crista* ensalmos y más ensalmos para lograr los más fútiles antojos.

Justo es declarar que tales consultas hacíasas á hurto y con sobresalto de la conciencia: por el místico huerto cerrado de su alma fluían puras y generosas las aguas vivas de la cristiana fe; pero estas aguas nadie las encauzaba; y el ejemplo de su tía, el influjo del medio, el hervor de la

sangre moza, el atavismo romántico, el tempestuoso temperamento, empujábanla casi fatalmente á la sima negra de la superstición ó á los raptos de devoción frenética. ¡Ni un oasis de soledad donde aislarse con la conciencia ó con el ensueño!

Aquella casa de baraúndas y aquellarres entre el tumulto de los barrios, era un buque de pesadilla en un mar de tempestad: fuera, la resaca de la gente chulesca, la sacudida convulsa del diario *crimen pasional*; dentro, el hervidero de patrañas y hechicerías, el polvo trágico de desplomes históricos, la sensación conturbadora de las lecturas patibularias, las reacciones de la conciencia, las temerosas apelaciones al negro mundo de la magia; vivía, pues, Maravillas en un ambiente flamígero, obsesionante, de ficciones, crímenes y sortilegios, aura neurótica y sugestiva, propicia á todas las exaltaciones del pensar y del sentir.

VI

Complemento de aquel agitado y pintoresco vivir de las Reinaldos eran sus tertulias, mezcla detonante de lo más abigarrado, castizo, bohemio, irreductible y simpático de nuestra españolería andantesca.

En torno á la tradicional camilla del comedor, bañada en el halo eléctrico de la lámpara cubierta por halduda pantalla rosa, de entre la penumbra ambiente y el humo azul de los inapagables cigarros, destacábanse caras velazqueñas, jetas goyescas y hasta perfiles místico-marfileños del Greco. Junto á la quintañona de los anteojos agoreros, Sútis, el bohemio sabio, el estilista único, honor de la prensa, amigo de todos y enemigo sólo de sí mismo, porque se suicidaba lentamente, quemando su gran cerebro en la doble llama del alcohol y de la idea; junto á la opulenta doña Aurora, Pepe Lucientes, «Don José», el torero sin alias, el diestro aseñorado que logró hermanar la coleta con la austera bimba; entre Encarna, «la diosa Cibeles», y Maravillas, «la maja romántica», según Sútis, domiñándolos á todos con su corpazo negro y su vozarrón tonante, don Lázaro Murga, el presbítero más pintoresco, tauromáquico y alborotador que vistió sotana en esta tierra de la paradoja.

Era el padre Murga capellán de un cementerio, y amigo, confidente y amparador de todas las actrices, cantantes, *cantaoras*, *écuyères* y bailarinas trashumantes ó estadizas de la corte. Aquellas subversivas amistades escandalizaron á la opinión, desatando contra el padre Murga tempestades de envidia y calumnias. Y, sin embargo, el padre Murga era el más generoso de los hombres y el más evangélico de los sacerdotes. Bajo aquella agigantada catadura y aquella carátula cetrina de labios carnosos, nariz pro-

minente, cejas aborascadas, rebelde pelambre y aspérrimo cutis, que azuleaba como polvo carbonífero la rasurada barba negrísima, alentaba un alma blanca como una paloma, y en aquel torso jayanesco latía una sensibilidad de niño. Aquel fresco y alucinado infantilismo hacía correr tras las fantasmagorias y lentejuelas escenográficas, y su generosa abnegación de apóstol hacía encariñarse con todos los desheredados y buscar en la timba, en la tasca, entre bastidores ó en los tugurios á todos los defraudados de amor, de pan y de buen consejo. Calladamente, hurtándose al elogio y al curioseo, casi más que á la calumnia, ¡qué actos de abnegación y aun de heroísmo realizó el gigantesco presbítero con las gentes de taleguilla, de malla ó de carátula! Todos los postulantes, los *ratés*, los inválidos del redondel, de las tablas ó de la pista asediaban al padre Murga, contábanle sus cuitas perdurables, acribillábanle á sablazos y á por-dioseos; él para todos tenía algo: una recomendación, una moneda, una copa, un cigarrillo, una chirigota mojada en una lágrima compasiva; la palabra nunca iba sola, y veces hubo que compartió sus talares con un payaso, ó desgarró sus sábanas para hacer vendajes á un *maleta* malherido.

En estas andanzas conoció al loco Reinaldos (al padre de Maravillas); él fué quien le socorrió en sus miserias, quien le llevó en coche al manicomio, quien le auxilió en su agonía, y quien le enterró de balde. Desde entonces cono-

cía á Maravillas; la tuvo tantas veces en sus brazos, que la quería paternalmente y seguía tratándola como á una chiquilla; obsequiábala con mil chucherías callejeras, ó la reñía con fieros gritazos.

Sútis, que conocía—era su frase—«la leyenda áurea del gigantón», queriale de verdad, y le disparaba saluciones como ésta: «¡Oh curiambro descomunal, que paseas tu espantable osamenta desde las negras márgenes de la Estigia hasta los empecatados cuchitriles histriónicos; yo te perdono tus andanzas y tus apocalípticos baladros en gracia de la blandura de tu entraña, y te nombro de real orden explorador de los Madriles salvajes y misionero del país de la bohemia!»

VII

El cerco de la camilla reinaldesca se ensanchó para dar cabida á un nuevo personaje, un pez gordo cogido, sin duda, en las redes de la habilísima doña Aurora. Como que era no menos que Pepito León de Castilla, ó, como todo Madrid le llamaba, Pepito Sansueña, hijo del duque de este título. ¿Que cómo cayó Pepito en aquella gaza-pera? La historia de su casa insigne, por conocida, me ahorra la mitad del relato. Pepito llegó

al «amén» de las grandezas de su gente: no alcanzó sino los coletazos y aleteos agónicos del escamoso y espantable dragón verde de su glorioso escudo. Una mañana, con el cuello del gabán subido y la afilada cara de trasnochador más chupada y descolorida que nunca, llamó á la puerta del gabinete negro de doña Aurora, llevando bajo el gabán un envoltorio. Largo y *sotto voce* secretaron la viudona y el caballerito: él, como quien tercamente porfía; ella, como quien escaramuza y vende cara la concesión; por fin cesó la lucha y hubo acuerdo cordial, porque ambos salieron serenos, la jamona casi resplandecía.

—¡Que se deje ver, Pepito! ¡Jesús, qué alegrón verle ya tan hombre; como desde que era tamaño le quiere una! ¡Maravillas, Maravillas, ven y verás á Pepito Sansueña hecho un real mozo!

Llegó Maravillas, se miraron, quisieron hablarse como cuando niño venía Pepito con la duquesa, y mientras ésta *negociaba* con la Reinaldos jugaban ellos como dos locos; quisieron hablarse, pero... se miraron y se pusieron rojos como guindas. ¡Qué guapa estaba ella! ¡Qué arrogante figura estaba él!

Maravillas realizaba el ideal de la raza: pies, manos y talle brevísimos; curvas gallardas y, más que bellas, graciosas; movimientos cadenciosos; tez blanca mate que florece en las frescas rosas de las mejillas; turgentes labios rojos que al reír llamean; pelo sedoso, ondulado; cejas de firme trazo; pestañas que dan sombra á las

ojeras violáceas, y ojos de noche y de abismo que alumbran con luz negra.

Tenía Pepito aquella finísima silueta y aquella aristocrática delgadez cimbreante, acerada, nerviosa y recia de ese tipo exótico-madrileño que Velázquez immortalizó en sus Austrias, singularmente en el infante don Carlos—«el del guante»—; es como una exacerbación enfermiza de elegancia, esbeltez y distinción insuperables; una resuelta y altiva arrogancia de apostura, atavismo y costumbre secular de ser señores, actitud de mando y aire de dominio burilados muy hondo en el cuño de la raza, pero graciosamente corregidos por el garbo y la viveza madrileña, que constituyen una singular belleza y armonía dinámica, una seductora magia del gesto que sólo se da en los ejemplares más genuinos de la estirpe. Tenía también Pepito del Austria del guante la blancura y palidez casi transparentes del cutis, el oro lacio y sedoso del pelo y la sangrienta pincelada de los labios carnosos y calenturientos, como aquejados de insaciable sed.

Y esa sed perenne de amor y de ancestrales grandezas quemaba los labios y el alma de Pepito. El segundón de Sansueña llegó tarde á la vida; no estrenó nada, ni la alegría paterna; ésta, que fué una vanidad más—la sucesión—, y un lujo más—la *layette*—, agotóla el mayorazgo, Jaime, que lo estrenó todo: el *moisés* cubierto de encajes belgas, la británica *nurcery*, la ropita opulenta, los coches, la servidumbre propia, el boato de un príncipe heredero.

Por entonces comenzaron á descender la fortuna y la salud del duque, locamente dilapidadas. Recién nacido Pepito, murió su padre de vuelta de Panticosa. La duquesa, ya en libertad, dedicóse á tirar á los cuatro vientos del lujo y del escándalo cuanto restaba de la casa ducal de Sansueña. Y como las grandes mundanas no tienen tiempo para dejarse besuquear de mamones, que alteran el *fard* de la cara, ó marchitan las *toilettes*, y menos pueden imponerse la *corvée* de luchar con *nurcerys*, *bonnes*, *fratilleins* y *misses* de rúbrica, jallá que toda aquella tropa internacional lidiase con los varracos! Y pasaron los cachorros ducales por todo el círculo de cría y doma mercenarias y colegio inglés, como cumple á todo buen noble español. Pepito estuvo poco en Wellington; enfermó de nostalgia: dió en llorar por el sol de España y por su madre, y hubo que repatriarlo. ¡Siempre fué rebelde! Pero como no era el duque, su educación importaba menos. La casa decaía, y el segundón creció entre galopines y mujeriego libre y grosero, que al menguar de la fortuna crecía en insolencias para con el desheredado. Para el pobre pequeño sólo tuvieron besos de ternura y palabras de ideal unos trémulos labios que se abrían entre la aspereza de unos mostachos y una marcial luchana como nieve. De los labios del abuelo materno, que se batió en Africa junto á Prim, recibió Pepito el legado heroico de sus gentes, los Sansueñas y los Castrofidos, de quienes era el viejo conde el último paladín.

En el alma enardecida de Pepito prendieron sed de gloria y de amor aquellos fervorosos relatos y aquellas seniles caricias. Muerto el abuelo, nadie volvió á besarle con cariño. ¿Qué restaba de las glorias de sus gentes? Su madre, expatriada, desclasificada, lo perdió todo, hasta el honor. Su hermano el duque arrambló con los despojos de la casa, y se casó en París con una opulenta aventurera cuya fortuna no bastaba al derrochar del matrimonio. Del «*golfo* de Pepito», ¡ni hablarle á Jaime Sansueña! Y «el *golfo* de Pepito», á quien nada legaron los suyos, como no fuese sangre empobrecida, inteligencia atrofiada y hábitos de ocio y de lujo; á quien no enseñaron nada, como no fuese horror al trabajo, asco al comercio y desdén á los cursis de los artistas, ¿qué haría sino caer hacia donde le empujaban? Malas herencias y peores ejemplos le armaban *golfo*, como heredados y altos ejemplos armaron caballeros á sus pasados. Vivió primero de las últimas piltrafas de grandeza que le arrojó el mayorazgo; después, del préstamo, de la limosna de parientes y de amigos; y luego, liándose gallardamente al torso la capa legendaria, aprestábase á vivir del juego, de la aventura, de la suerte, ¡de lo que cayera!

Y, sin embargo, Pepito no era malo; ¡qué había de serlo! Pepito era de la pasta de que se hicieron los héroes y los santos; pero... ¡le faltó el escultor! Y quedóse en lo que su mirada azul, su palidez y sus rojos labios decían: en un malogrado, en un sediento del alma. Y eso era también

Maravillas: una ensoñadora, un alma sedienta. Descendía él de grandes y ella de megalómanos: ¿qué importaba? ¡Se parece tanto lo vivido á lo soñado! Y las cosas que no son, ¿no da lo mismo haberlas vivido que soñarlas? Entre los Sansueñas que *fueron* y las Reinaldos que imaginaban ser, pasaba la suerte su nivelador rasero. Pepito y Maravillas eran dos víctimas de ajenas culpas, dos tristes productos de la decadencia ambiente. Pepito bajaba; Maravillas, flotando sobre la red de patrañas de la Reinaldos—siquiera fuese en apariencia—, subía; eran jóvenes, tenían sed de ideal y de pasión, y al encontrarse en aquel tortuoso remanso de la vida, del fondo de sus almas nuevas surtieron dos caudalosos raudales inexhaustos: el amor y la esperanza. ¡Aún era tiempo! Y Pepito y Maravillas se amaron como dos locos. Se amaron como queriendo cobrarse juntos los cariños de que se les había defraudado, como queriendo sorberse de una vez todos los amores de la vida.

Y el comedor, la camilla, el halo eléctrico, la pantalla rosa, la humareda azulina en que nadaban las caras velazqueñas, las jetas goyescas, los perfiles del Greco, todo se esfumaba, *perdendosi*; la vida crecía, los horizontes se ensanchaban, y por las venas derramábanse desmayos, delicias, ¡el Paraíso!

VIII

De pronto rompía el encanto la voz de Sútis: su verbosidad espirituosa se despertaba chispeante con lucideces de borracho y aciertos de loco, en párrafos descoyuntados y en peroratas al parecer incoherentes, como ésta:

—Estamos en la rompiente del Madrid goyesco; sobre esta costa brava revienta erizada y herborosa la ola de estrépito, de color, de rumbo y alegría que rueda de los barrios y suburbios á la Plaza de Toros, á las verbenas, á las casas de empeño, á los *cines*, á los merenderos, á las tasacas, á los hospitales, y luego, al término del goyesco horizonte, al cementerio, tu luctuoso dominio, cura fúnebre. ¡Oh Madrid del derroche y del hambre, gente sin miedo y sin codicia, que vende el sudor de un año por el galante lujo del pañolón multicolor que envuelve un día el real cuerpo de una chula; héroes del redondel y del colmado, de la guapeza y del matonismo, yo os admiro y os execro! ¡Lástima de bríos y de virtudes de la raza, malogrados en borracheras y asesinatos de mujeres!

El vozarrón del padre Murga cortaba el discurso:

—¡Miren al Diablo predicador, bohemio profesional y borracho de por vida!

—¡Calla, negro Caronte, capellán juerguista y torero!

—¡No vale ofender, amigo, que una cosa son las apariencias...!—barbotaba el cura, serio y nervioso.

—Pues aplicate el cuento, presbítero rampante, y no guardes tus mejores hisopadas para los *sepulcros blanqueados*, que á veces nuestras inconsecuencias tienen lógica que sangra—acababa Sútis, sonriendo con su humorismo negro.

Y el cura, que sabía la tragedia íntima del generoso bohemio, virilmente conmovido, alargábase la peluda zarpa. Sútis, rehecho, reincidía:

—En verdad os digo que vosotras, majas y hechiceras castizas, y tú, famélico y encanijado León de Castilla, cambiado como el de nuestro escudo en *perro chico*; y tú, clérigo tauromáquico, y aquél, torero con *smoking*; y yo, bohemio evangelizante, trovador de los rotativos y último español andantesco, pasaremos á la Historia; ¡así, con mayúscula!

Una carcajada estruendosa acogía el exabrupto.

—¡No os riáis, almas de cántaro, que nosotros somos las gentes de transición entre la historia grande y este agua sucia de europeísmo en que se deslía y se destiñe todo, hasta los colores de sangre y sol de nuestro divino trapo!

Mientras Sútis malgastaba oratoria, los del cerco, entre humo y penumbra, seguían los vuelos de sus propias quimeras: la gran doña Aurora erigía mundos imaginarios; la señora *Rafela* rezuqueaba entre encías, por si fuesen blasfemias

las enrevesadas pláticas de aquel herejote; la opulenta Encarna devoraba folletines, en espera de los periódicos vespertinos con el sangrante «crimen del día»; sólo el cura y el torero, cuando no dormitaban ó entreleían tauromaquias, saboreaban con la nicotina del estanco la oratoria del bohemio.

En cuanto á los novios, sus almas se envolvían como en aura protectora en aquella blanda música de palabras. ¿Qué atracciones tenían para Pepito los ojos de candente sombra de Maravillas, y para Maravillas las celestes profundidades de los ojos de Pepito? Ni las insondables transparencias de las aguas y de los cielos ni todos los arcanos siderales nos dicen con su absorbente grandeza lo que nos dicen esas dos cristalinas gotas vivientes adonde se asoma un alma y se refleja lo infinito. Se miraban extáticos en la mortal delicia de sentirse sorber el alma por el abismo sin fondo de otro alma; ó hablaban inagotablemente contándose sus dos vidas solas, grises, vacías. Ambos se criaron sin besos de madre: no habían gustado el amor. ¿Qué fué el caprichoso cariño de la Reinaldos para el alma insaciable de Maravillas? ¿Qué los fáciles placeres venales de la vida bohemia para la sed eterna de Pepito? Antes no habían vivido. ¡Aquello era nacer!

Pero aunque los novios creyesen empezar otra existencia, á su alrededor nada cambiaba, esclavos seguían del medio y de sí mismos; abrían las alas para volar, y la atracción de la tierra tiraba

de ellos y los hacía caer hacia su centro. Era la eterna historia de las mosquitas de oro que estrenan las alas en el rayo de sol, y la fatalidad, la araña del inevitable símil, era doña Aurora. Al pronto la muy taimada hízose la ciega ante aquellos amores. «¡Niñerías! Yo no debo enterarme», decía á los del cerco; y pensaba: «¿Quién sabe? Esas casas grandes tienen cien vidas; parecen muertas, y cualquier golpe de fortuna las levanta. De todos modos, un noviazgo casi ducal, para hacer boca, no es mal estreno. Los noviazgos son como las subastas: el caso es hacer corro y que haya puja; entretanto, yo sabré si la casa de Sansueña está bien muerta y bien enterrada.»

Y puso en movimiento al cielo y á la tierra, á *la Sabela* y á *la Crista*, á Más Soler y á don Elías, á todos sus agentes de presa. Las noticias eran cada vez más desconsoladoras, y los augurios coincidían con las noticias, ya que los oráculos y adivinos suelen ser gentes de buen olfato. El ceño de doña Aurora y el astro de Pepito se nublaban por momentos. Maravillas, que traslucía las intenciones de la pérfida araña, comenzaba á inquietarse; los del cerco se contagiaban de la electricidad ambiente, y sentíase un malestar extraño, como si se percibiese el aletear inquietante de un ave negra y fatídica cerniéndose sobre el hogar de las Reinaldos.